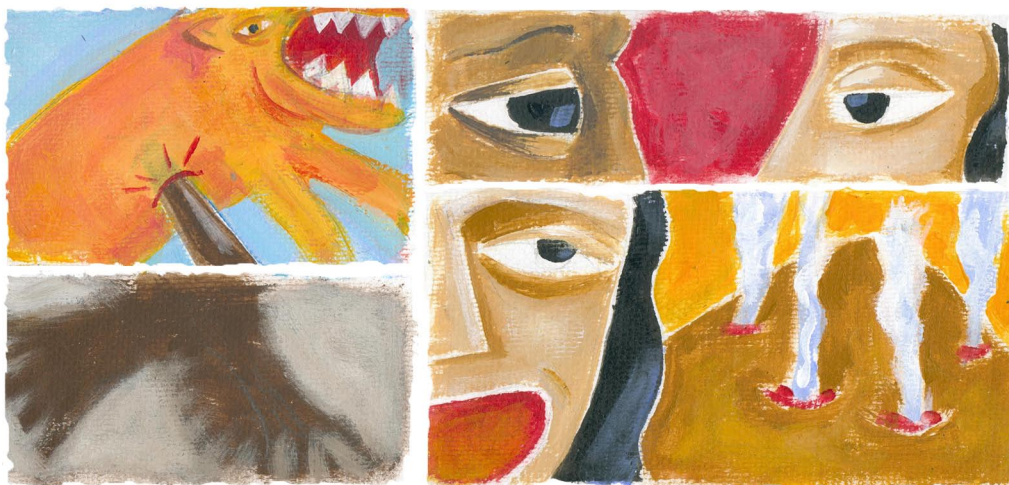


Enrique Melantoni (recopilador)  
**Las termas de Copahue**

Leyenda mapuche  
*Ilustrado por Marcelo Tomé*



Copahue era un cacique poderoso a ambos lados de la cordillera, hasta el día en que una rebelión inesperada lo derrotó en Llai Llai. Allí quedó su cuerpo, en lo alto de la montaña, y sus enemigos suspiraron aliviados.

Pero no pudieron celebrar por mucho tiempo su victoria: el cacique tenía un hijo que llevaba su nombre y parecía una extensión de su brazo, porque era tan valiente y despiadado como su padre. Bajo sus órdenes, los guerreros mapuches crecieron nuevamente en confianza y en número. Muchas guerras libró el joven Copahue, y en cada una arriesgó la vida junto a sus guerreros.

En las reuniones junto al fuego, dejaron de mencionarse con admiración las hazañas de Copahue padre. Ahora era el hijo temerario el protagonista de cada crónica.

Pero la mayor empresa, la más tremenda, Copahue la libró solo, luchando por su amor.

Dicen que un día volvía de Chile con su ejército, cuando un viento huracanado los sorprendió en la cima de las montañas. Tan fuerte soplaba,

---

Texto © 2006 Enrique Melantoni. Dibujo © 2006 Marcelo Tomé. Permitida la reproducción no comercial, para uso personal y/o fines educativos. Prohibida la reproducción para otros fines sin consentimiento escrito de los autores. Prohibida la venta. Publicado y distribuido en forma gratuita por Imaginaria y EducaRed:

<http://www.educared.org.ar/imaginaria/biblioteca>

que levantaba contra los hombres un muro de rocas, nieve y polvo.

A cada paso se producían peligrosos derrumbes.

Los mapuches avanzaban dolorosamente, con los ojos casi cerrados, cubiertos de lastimaduras producidas por las pequeñas piedras afiladas, tratando desesperadamente de mantenerse en pie. Tenían las manos y los pies helados, y las lágrimas de miedo se les congelaban en las mejillas.

Sólo los guiaba, sobre el silbido furioso del viento, la voz de su cacique, que los animaba a seguir adelante sin descanso. Pero después de un gran derrumbe dejaron de oírlo, y los guerreros se dispersaron, buscando los pasos que los llevarían a salvo a la tribu.

Copahue no había muerto, pero se encontró separado de sus hombres. En ningún momento se abandonó a su suerte. Siguió caminando, aunque el sol ya se ocultaba y la oscuridad le hacía más difícil orientarse.

Cuando el viento se calmó, vio en lo alto de la montaña el resplandor danzante de una hoguera. Esperando encontrar un lugar a cubierto donde pasar la noche, Copahue fue en esa dirección.

Pronto se encontró frente a una tienda. Al levantar el cuero de la entrada encontró a una mujer sentada junto al fuego, que lo invitó a entrar. Su nombre, le dijo la mujer, era Pirepillán.

Ella le dio dónde descansar y curó sus heridas. Le dio de comer y beber.

Y en la madrugada le hizo una profecía...

—Saldrás victorioso de una lucha que ningún otro hombre podría ganar—dijo, mirándolo a los ojos—. Llegarás a ser el más poderoso entre los mapuches, pero tu espíritu guerrero deberá seguir manifestándose, mucho después de tu muerte en el campo de batalla...

Con estas palabras lo despidió, y Copahue descendió confuso de la montaña.

El vaticinio de la mujer era terrible: Por mucho que peleara, jamás disfrutaría de paz. Pero más terrible todavía era el recuerdo de sus ojos. Pirepillán no se parecía a ninguna mujer que hubiera conocido.

Copahue se había enamorado de ella sin remedio.

En los meses que siguieron, guerreó y pactó alianzas y negocios. Llegó a ser Señor de todos los mapuches. Muchos que habían sido enemigos se pasaron a su lado, porque su fama de cacique invencible seguía creciendo.

Pero los momentos de reposo de Copahue tenían un nombre: Pirepillán...

En vano los más viejos de la tribu le repetían que una mujer mortal no podía vivir sola en las cimas heladas... Que seguramente se había encontrado con el Hada de las Nieves... Que un guerrero jamás podría aspirar a casarse con ella.

Copahue no conseguía desprenderse de ese amor, ni lo intentaba.

Un día, un viajero del norte le contó que Pirepillán estaba presa en la cumbre de un volcán. Le dijo que un tigre enorme y un monstruoso cóndor de dos cabezas no la dejaban marchar.

Con determinación, y con la secreta alegría de tener un motivo para volver a verla, Copahue tomó sus armas y se preparó para liberarla.

Los brujos le aseguraron que iba directo a su muerte, porque para vencer a esas criaturas haría falta un poder más que humano. Pero Copahue no estaba dispuesto a retroceder. Más que miedo por el enfrentamiento con dos criaturas sobrenaturales, lo impulsaba la ilusión de ver nuevamente el rostro de Pirepillán, oír su voz, sentir su presencia junto al fuego de la hoguera. Y confesarle que no había pasado un día sin pensar en ella.

¿Qué importaba cuántos monstruos debía enfrentar? Ni la misma Kai Kai Filú, la serpiente que podía envolver una montaña y convertirla en polvo, sería capaz de separarlo de Pirepillán.

Llegó con sus hombres al pie de la montaña y siguió el camino solo.

No había muchas sendas para subir. Tuvo que trepar entre piedras afiladas, por laderas inclinadas donde apenas se podía hacer pie. El viento, a medida que subía, se empeñaba cada vez más en empujarlo al vacío.

Pero Copahue resistió, aferrándose a las rocas y al hielo que todo lo cubría, mientras rogaba a Nguenechén, el dios de los mapuches, que no lo dejara morir.

Como si su rogativa hubiera sido contestada, un resplandor dorado lo fue guiando hacia la cumbre. Allí debía estar Pirepillán.

Apenas pisó la cima, un rugido impresionante lo ensordeció. Un puma más alto que él se le acercaba, dispuesto a destruirlo.

Comenzaron a girar uno alrededor del otro; el puma mostrando sus colmillos larguísimos, Copahue haciendo girar la punta de la lanza frente a sus ojos.

Al fin el puma saltó sobre él, pero Copahue se echó a un lado y le clavó la lanza, empujándolo hasta hacerlo caer al abismo. El rugido que lanzó la fiera mientras caía produjo un gran derrumbe, que acabó sepultándolo.

Luego Copahue corrió hasta la entrada de una cueva cercana, desde donde Pirepillán, intensamente pálida, había visto la lucha.

—Ahora sabes cuál es la batalla que no hubiera ganado otro hombre sino tú —le dijo—, pero el cóndor aparecerá en cualquier momento. Debemos tener cuidado.

En respuesta a sus palabras una sombra se deslizó veloz por el suelo. Al levantar la vista, Copahue vio al monstruoso cóndor de dos cabezas descendiendo sobre ellos.

Sacó su cuchillo largo y lo enfrentó.

Unos minutos después, el ave yacía sobre las rocas, con ambas cabezas cortadas.

Copahue y Pirepillán pudieron entonces abrazarse, felices.

—Mi vida ahora te pertenece —le dijo Pirepillán—. Aunque yo ya lo sabía cuando te vi por primera vez...

Copahue y Pirepillán vivieron felices muchos años como marido y mujer.

El pueblo, en cambio, no quería a aquella hija mágica de la montaña. El cacique ya no tenía el mismo ánimo para llevarlos a la batalla, y las incursiones enemigas eran cada vez más frecuentes. Parecía que el Hada de la Nieve lo tenía apresado en el poblado con una red indestructible.

Al fin, Copahue no tuvo más remedio que tomar el mando de sus tropas y enfrentar al enemigo. Pero las fuerzas invasoras eran mayores, y ese día Copahue fue muerto en el campo de batalla.

Llenos de odio, los mapuches culparon a Pirepillán de su muerte.

Fueron a buscarla a su tienda y entre insultos y empujones la llevaron al pie de las montañas, para matarla.

Pirepillán, angustiada, dijo el nombre de Copahue.

Las piedras se estremecieron.

Pirepillán, desesperada, gritó el nombre de Copahue.

Muchas bocas humeantes se abrieron entre las rocas a su alrededor.

Los verdugos ya estaban por arrojar sus lanzas cuando violentas columnas de agua hirviente brotaron de las entrañas de la tierra. Gritando de dolor, los que sobrevivieron corrieron a guarecerse.

Nunca regresaron a cumplir con su venganza.

Pero el espíritu de Copahue, celoso, aún hoy se mantiene activo, agitando el agua al pie de los volcanes, muchos años después de que las grandes gestas mapuches se convirtieran en un recuerdo lejano. Sigue cumpliendo la profecía, en defensa de su amor.